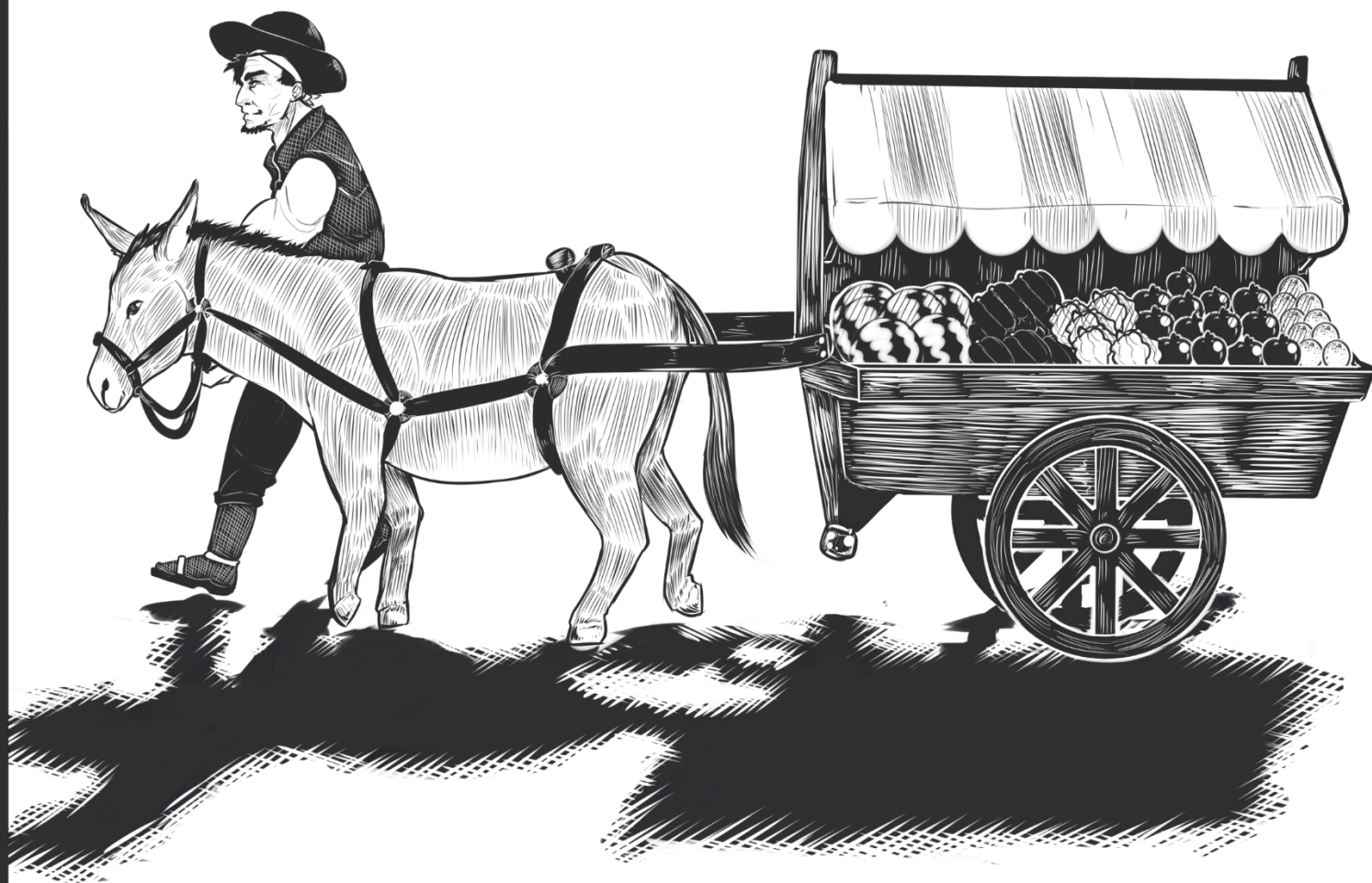


Autor: Abilio Ayuso

LOS HORTELANOS

Ilustrador Ronny Bravo



Hay personas que se esfuerzan en realizar sus tareas lo mejor posible, y sin embargo, obsesionados por esa perfección olvidan algo mas importante: El beneficio que les puede reportar, o no, ese esfuerzo. Esta breve historia nos enseña que en ocasiones lo importante no es lo que hagas, sino como lo vendes. **TP**

En un fértil valle situado entre suaves colinas, habitaban dos hortelanos, que, aun teniendo la misma profesión, idénticos medios y posibilidades, obraban de manera completamente dispar.

El primero, Miguel, era un enamorado de su trabajo, al que se consagraba en cuerpo y alma, no cabía duda de que la fruta de su huerto era la mejor de toda la comarca, su dedicación era completa, obsesiva, no disponía de tiempo para nada más y aún le faltaban horas. Por eso relegaba cualquier otro asunto en su esposa, María, sin preocuparse de nada más que no fueran sus frutales.

María, aunque muy buena persona, no era una mujer excesivamente hábil, y la economía doméstica no era su fuerte, de ella se podía decir, que de un duro hacía cuatro pesetas. Por tal razón, no solo no podían ahorrar, sino que además estaban endeudados, principalmente con el Mayorista.

El Mayorista era un gitano listo, muy buen negociante, adelantaba a la pareja el dinero de sus cosechas para que pudieran salir adelante, ello le convertía en el comprador exclusivo. Cuando alguien proponía a Miguel, comprarle parte de su fruta, éste, que era un hombre muy honesto, respondía que lamentablemente aquellos frutos estaban ya vendidos, y ni siquiera se avenía a escuchar la oferta.

En las temporadas de la cosecha, el gitano se acercaba con un camión y cuatro hombres, y en un santiamén recogían y embalaban cuidadosamente aquella fruta maravillosa, al acabar, el mayorista sacaba cuatro billetes de su abultada cartera y decía: “Con esto y lo que te he adelantado estamos en paz”.

En total no le pagaba ni la décima parte de lo que él obtendría en la reventa. Miguel entregaba aquella escuálida paga a su esposa, que no tendría con ella ni para dos semanas, con lo cual tendrían que volver a llamar al gitano para que les adelantara otra cosecha.

Cuando alguna vez María había comentado a su esposo que pidiera más dinero por las cosechas, este la reprendía: “¿Cómo quieres que negocie con él, si ya me ha pagado la cosecha antes de que ni empiece a florecer?”, pero si en una rara ocasión se había atrevido a hacerlo, insinuándole la diferencia de precio con el mercado, el gitano se llevaba las manos a la cabeza y le decía enojado: “No sabes lo que me pides, tu aquí eres muy feliz ocupándote solo de tus árboles, pero no sabes los problemas que tengo yo, lo que cuesta un camión, el sueldo de los hombres, los impuestos, además, ningún tendero me comprará una carga entera, tendré que almacenarla, una buena parte se estropeará, y luego distribuirla, más transporte, y luego el gasto financiero de adelantarte el dinero, porque si pidieras el dinero a un banco te sangrarían, pero tengo que pedirlo yo por ti, mira si no estás conforme vende tus cosechas tú mismo y verás en el jaleo en que te metes”.

En realidad, todo era una burda mentira, el destartalado camión ya estaba más que amortizado, los cuatro hombres eran de su familia, no pagaba impuesto alguno, porque siempre trabajaba “Con dinero en mano y sin factura”, tampoco necesitaba almacenar, porque aquella fruta tan perfecta tenía fama y se la quitaban de las manos, y por supuesto no tenía que pedir dinero alguno al banco para anticipar la miseria que le pagaba al pobre hortelano.

Miguel se horrorizaba solo de pensar en distribuir su fruta él mismo, teniendo en cuenta que apenas le sobraba tiempo ni para respirar. Al final acababa casi pidiendo disculpas por su osadía. Pero al día siguiente, absorto en su trabajo, era feliz y se olvidaba de la conversación del día anterior.

Rafael, era el reverso de la moneda, aunque tenía unas tierras similares a las de Miguel, en la misma zona, su fruta no tenía ni mucho menos la calidad del primero, porque en lugar de consagrarse a su huerto, le dedicaba las horas justas para que funcionara, mejor o peor, con lo cual disfrutaba de mucho tiempo libre. Eso no quiere decir que holgazaneara, ni que fuera torpe, por el contrario, se movía por la región, se enteraba de donde, como y cuando se podía vender mejor.

A ello le ayudaba su esposa, Elena, una mujer lista que de cuatro pesetas sabía hacer un duro, por eso no iban agobiados económicamente y podían esperar a vender al mejor postor.

Un día que Rafael salió de casa con una carretilla de fruta, volvió al cabo de poco rato con la carreta vacía y un burrito atado detrás. Su esposa soltó una carcajada y le dijo: “¿Qué comeremos hoy, carne de burro con patatas?”. Evidentemente no era un reproche, porque ella sabía que su marido nunca cometía insensateces.

Él la miró sonriente y le contestó: “¿Qué te parece mi trueque?, lo llevaban al matadero porque ya no les servía, se lo he cambiado por el saco de manzanas y les he ahorrado la caminata”.

Sin dejar que su mujer respondiera continuó: “Gasto cero, dormiré en el cobertizo, beberé de la pilona andará por los terrenos y se comerá las hierbas y la fruta caída, abonará el terreno con sus boñigas y...”.

“¿Y qué?”.

“Pues muy sencillo, he visto una carreta de cuatro ruedas abandonada en un chamizo, seguro que me la cambian por otro saco de manzanas, la repintaremos de colores bonitos, le pondremos un toldillo, y será nuestro tenderete”.

Así lo hicieron y al cuarto día partía Rafael, ataviado con un traje regional, llevando al burrito muy aseado, con cascabeles, una mantita y un sombrero de paja, arrastrando la carretilla, que bien limpia, restaurada, engrasada y pintada de bonitos colores estaba irreconocible.

Bajo el toldillo, estratégicamente colocada, estaba expuesta la fruta que, aunque no fuera la mejor de la región, si no se comparaba con otra, no estaba nada mal.

Se dirigieron a la zona del lago, donde paraban muchos turistas, allí Rafael hizo sonar la campanilla y gritó: “El hortelanoooooooo, fruta fresca, recién cogida del árbol, la mejor fruta, cultivada ecológicamente, recién cogida”.

La vendía por piezas, y si se hacían cuentas salía más cara que la de la tienda, que incluso era más lustrosa que la suya. Si alguien se lo insinuaba respondía de inmediato: “Por supuesto, ¿Y sabe de dónde viene, como la cultivan y que abonos químicos le añaden para que salga así?, yo la cultivo manualmente, mi huerto está detrás de aquella colina, y además se la traigo aquí recién cogida, no transportada en barcos y camiones con un montón de productos para que no se estropee, pero usted es muy dueño de coger el coche, acercarse a la tienda, comprarla allí y volver”.

Evidentemente nadie lo hacía y poco o mucho le acababan comprando. En aquella zona turística el manso burrito con sus cascabeles su sombrero y su manta era un reclamo perfecto para los niños que se acercaban para acariciarlo.

Rafael les decía: “Lucero os ha traído la mejor fruta de estos valles, la que cultivamos él y yo”.

La mayoría pedían a sus padres una pieza de fruta del burrito, si estos dudaban Rafael añadía: “Más barata que un helado, mucho más sana y con todas la vitaminas del campo”.

Por la tarde volvieron a casa con el carro vacío y el bolsillo lleno, Elena les esperaba en el porche: “¿Cómo ha ido la cosa?”.

“Mujer, prepara un canasto de grano y verdura para Lucero y una buena cena para mí, te aseguro que nos la hemos ganado”.

Con el sistema de Rafael y la economía de su mujer, fueron prosperando. Más adelante edificaron una cabaña de madera en la parte de su propiedad colindante con la carretera, allanaron un trocito de terreno para que los coches pudieran detenerse, unos letreros estratégicamente colocados advertían a los conductores de su presencia.

Allí se colocó Elena a vender fruta, no tardaron en vender entre los dos más de la que producían con lo cual tenían que comprarla a otros campesinos de la región.

Por el contrario, Miguel cada vez estaba más endeudado. Un día en que coincidieron los dos hortelanos, que se conocían desde niños, aunque por sus diferentes caracteres no tenían demasiado contacto, le comentó a Rafael lo desesperado de su situación: “He recibido una nota de embargo por deudas, me van a quitar la casa y las tierras, además le debo dos cosechas al mayorista, tendremos que marcharnos a trabajar a la ciudad dejándolo todo y con la cabeza baja de vergüenza, y encima dejar mi huerto que es mi vida en manos del banco, que lo arrasará y construirá cualquier cosa”.

Rafael no se lo pensó y le contestó de inmediato: “No tienes porque”.

“¿Y qué hago?”.

“Yo te compro tu propiedad, pagando tus deudas, las dos cosechas del mayorista y te doy además cien mil pesetas, con las que tendrás para instalarte en la ciudad como Dios manda, y sales de aquí con la cabeza bien alta, además te prometo respetar tu huerto y tu casa tal como están”.

Cerraron el trato con un apretón de manos. En pocos días estaban los trámites hechos y Miguel y María instalados en la ciudad, donde encontraron trabajo, pero nunca fueron felices. Cada vez que veían por la ventana el bloque gris frente al suyo recordaban la vista del valle verde desde su antigua casa, en ocasiones un par de lágrimas rodaban por sus mejillas.

Rafael y Elena lo tenían claro, no se esclavizarían en aquella propiedad como lo habían hecho sus antecesores. Contrataron un matrimonio de inmigrantes, a los que ofrecieron casa, comida y una parte del beneficio que produjera el huerto.

A partir de entonces la fruta producida ya no fue tan perfecta como cuando la cultivaba Miguel, pero seguía siendo mucho mejor que la que Rafael había estado vendiendo.

Rafael telefoneó al mayorista y quedaron para encontrarse en su nueva propiedad, mientras esperaba aprovechó para ir cargando su carrito con la fruta más madura.

Cuando llegó el gitano le dijo: “Como ya le expliqué Miguel ha tenido que marcharse y me ha vendido su propiedad, pero no se preocupe porque me ha dejado un sobre con todo el dinero que le debía, si quiere contarlo...”.

“No hace falta, Miguel es un hombre honesto y seguro que está bien, y cambiando de tema seguramente usted sabrá que Miguel me vendía toda su cosecha”.

“Si, algo me dijo”.

“Pues bien, ahora que es usted el propietario puedo comprársela igual que a él, se ahorrará muchos problemas y no tendrá que cansarse andando disfrazado arriba y abajo con un burro”.

Rafael sonrió mirando a Lucero y contestó: “Lo siento caballero, pero el burro es él, no yo”.

Moraleja

No importa lo bien que trabajes, si no eres capaz de vender adecuadamente tu trabajo.

Mas vale producir una mierda bien pagada, que una maravilla vendida a precio de saldo.

Hay personas que se centran tanto en la perfección de su trabajo que llegan a perder de vista la obviedad descrita en el párrafo anterior.

Este relato lo he dedicado a mi padre, que, aunque era un hombre genial, cayó en tal error.

FIN...